



Literatura de ficción y construcción de alteridades:

dos historias de terror en el Amazonas y el Congo

Alejandra Mazo Álvarez

Resumen

Este ensayo abordará la literatura de ficción como relato etnográfico, lo que permitirá dilucidar cuáles fueron las herramientas, las nociones socialmente preconcebidas y los temores de la civilización occidental, al enfrentarse con la alteridad radical en las bonanzas de materia prima durante finales del siglo XIX y principios del siglo XX en el Congo, en *Heart of Darkness* de Joseph Conrad, y el Amazonas en *La Vorágine* de José Eustasio Rivera. Dichos conceptos se instituyeron como herramientas del poder y de dominación en los contextos coloniales, y dejaron constancia de su existencia en la ficción literaria. Así mismo, se buscarán estrategias de resistencia de los “Otros” en dichos textos de ficción.

Introducción

“Y así, oh selva, nos envuelves en tu vorágine”

La *Vorágine*, única novela del escritor colombiano José Eustasio Rivera, narra la caída en desgracia de Arturo Cova y su joven amante Alicia, quienes huyendo de sus vidas opresivas en la capital, se dirigen a los llanos orientales colombianos para iniciar una nueva vida. La historia de estos dos amantes se convierte en un viaje a la selva amazónica y al horror de las caucheras cuando aparece en escena Narciso Barrera, personaje en primera instancia encantador, de aparentes refinados modales y altos sentimientos espirituales y morales, que ha convencido a cientos de habitantes de los llanos a que se sometan al peonaje del caucho. Es en especial notable la narrativa envolvente y angustiante del relato, y la descripción del entorno natural: la selva como un ser vivo y maligno que arrebató la cordura a los hombres.

“Penetramos más y más espesamente en el corazón de las tinieblas.”

Heart of Darkness, de Joseph Conrad, se basa en las vivencias del mismo Conrad durante la temporada que pasó en el Estado Libre del Congo, administrado por el rey Leopoldo II de Bélgica. Originalmente publicada en 1902, mucho más temprano que *La Vorágine*, *Heart of Darkness* cuenta la historia de Marlow, un marino inglés que termina trabajando para una compañía de comercio de marfil en el Congo. Allí conoce a Kurtz, un hombre brillante pero consumido y enloquecido por la ambición. El continente africano es retratado, de igual manera que en *La Vorágine*, como un ser viviente y maligno,

que posee un corazón oscuro, una de cuyas venas, “como una serpiente gigante” es el río Congo, como podrían serlo en la novela de Rivera el Guainía, el Orinoco o el Amazonas mismo. Michael Taussig, en *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje*, habla de los relatos de terror del Congo y el Amazonas en los siguientes términos:

De manera alternativa, podemos escuchar estas historias no como ficticias ni como signos disfrazados de la verdad, sino como reales. En estas historias sobresalen dos motivos entrelazados: el horror a la selva y el horror del salvajismo. (...) Aquí la imagen de la oposición cruda y de la alteridad en la selva primitiva brota en forma de la metáfora, intensificada colonialmente, para el gran espacio de terror y crueldad, y estamos pensando en la Europa del siglo XIX, abriéndose paso por las antiguas selvas de los trópicos (Taussig, 1987:108).

Ambos textos literarios, escritos a principios del siglo XX, hablan de una angustia, de un terror que domina a la sociedad occidental al enfrentarse a lo desconocido, a lo que difiere radicalmente de las ciudades industrializadas y “civilizadas”, a los terrenos inhóspitos y a los salvajes. Estos Otros, ya colonizados, eran aún sinónimo de amenaza latente en el espíritu del colonizador. Permanecían dibujados como lo horroroso, lo deformado, lo que podía llegar a pervertir el espíritu civilizador.

¿Por qué? A principios del siglo XX, desde el contexto histórico, Occidente gozaba ya de varios siglos de dominio ininterrumpido. El Amazonas suramericano proveía abundante quinina y caucho, y el Congo marfil y otras materias primas que seguían fluyendo hacia Europa. A pesar de que la extracción y exportación en ambos lugares parecía ser

parte del comercio y estar alejadas de la esclavitud, en realidad, tras investigaciones y denuncias, el mundo conoció las atrocidades que los regímenes coloniales habían legado en los sujetos colonizados. Torturas, trabajos forzados, violaciones y asesinatos en masa, que también quedaron plasmados en la literatura. Aunque reflejados estos hechos atroces, la imagen que se representa en ambas novelas del colonizado, de ese Otro, seguía siendo peyorativa. Esta perpetuación del salvaje permite al colonizador justificar sus acciones, tanto desde el ideal civilizador y paternalista, como desde el pensamiento racional y económico, que se funden en uno solo: el Otro debe ser diferente, y sus características deben ser domeñadas a favor de Occidente.

La construcción del otro

“El colono y el colonizado se conocen desde hace tiempo. Y, en realidad, tiene razón el colono cuando dice conocerlos. Es el colono el que ha hecho y sigue haciendo al colonizado”. (Fanon, 1961:21)

Durante la trama de ambas novelas, los personajes principales, Marlow y Cova, se enfrentan al dilema y a la construcción del Otro al que se enfrentan, para, de alguna forma, poder reconocerse a sí mismos. En El sujeto colonial y la construcción cultural de la alteridad (1988), Rolena Adorno nos invita a pensar al sujeto colonial como aquel que desde su mirada construye al otro, y que no se mira a sí mismo como es, sino, como se ve (Adorno, 1988:2). Esta relación entre ser y ver es un problema de representación, de cómo nos personificamos ante los demás para poder construir una idea dicotómica del yo y el otro (no necesariamente somos como nos vemos, pero nos vemos como queremos ser). En este caso, Cova y Marlow se construyen alrededor de la idea europeizante de sujeto masculino/cristiano/“caballeresco” y gestor de epopeyas. Ambos personajes son contruidos como varones blancos, herederos y adarves del cristianismo, héroes de sus aventuras. Volviendo de nuevo al texto de Adorno, a ese Otro femenino/de color/salvaje, apartado de toda noción de cultura, es aparentemente en esta relación binaria de pares de oposición, legado de Saussure en la antropología,

que podríamos intentar comprender qué intenciones tenían ambos autores al crear a Cova y a Marlow de tal manera.

El análisis de ambas obras apunta a que estos protagonistas pertenecían al imaginario colectivo del europeo. Eran el único modelo de protagonista posible para enfrentarse a esa narrativa de descubrimiento y conquista. Rivera y Conrad siguen un patrón que desde la Edad Media puebla la literatura de aventuras: el protagonista varón/blanco/cristiano que se enfrenta a lo desconocido. Sin embargo, debido a que están escritas en clave de denuncia, Rivera y Conrad se rebelan contra este canon y cuestionan desde un humanismo el papel del conquistador sobre el conquistado:

Eran conquistadores, y eso lo único que requiere es fuerza bruta, nada de lo que pueda uno vanagloriarse cuando se posee, ya que la fuerza no es sino una casualidad nacida de la debilidad de los otros. Se apoderaban de todo lo que podían. Aquello era verdadero robo con violencia, asesinato con agravantes en gran escala, y los hombres hacían aquello ciegamente, como es natural entre quienes se debaten en la oscuridad. La conquista de la tierra, que por lo general consiste en arrebatársela a quienes tienen una tez de color distinto o narices ligeramente más chatas que las nuestras, no es nada agradable cuando se observa con atención. Lo único que la redime es la idea. Una idea que la respalda: no un pretexto sentimental sino una idea; y una creencia generosa en esa idea, en algo que se puede enarbolar, ante lo que uno puede postrarse y ofrecerse en sacrificio...(Conrad, 1902:6)

Rivera, a su vez, en la Vorágine, alude a la “epopeya del hombre blanco” en los siguientes términos: “No obstante, es el hombre civilizado el paladín de la destrucción. Hay un valor magnifico en la epopeya de estos piratas que esclavizan a sus peones, explotan al indio y se debaten contra la selva” (Rivera, 1924:105). Esta idea (de la que habla Conrad), esta epopeya (en el caso de Rivera), esta causa a la cual ofrecerse en sacrificio, no era más que la tarea impuesta por el hado (¿o el dios cristiano?) solo al varón/blanco/cristiano, ideal de la “civilización”, de lo colonial, del colonizador. Solo a él le es posible sentirse

totalmente apartado, totalmente distinto de los nativos de tierras lejanas, cuya supuesta falta de racionalidad, color de piel y diferencia de rasgos le parecen alejadas de toda noción de belleza. Cuyo desconocimiento de los valores y la religión europeas, su reticencia/resistencia a asumirlos como suyos y la continuación de prácticas tradicionales “aborrecibles y violentas”, lo convierten en salvaje.

Otros dos personajes en ambas novelas, Barrera en la *Vorágine* y Kurtz en *Heart of Darkness*, son también varones blancos, cristianos, brillantes ejemplos de caballerosidad y virtud. Sin embargo, ellos son un Otro incomprensible en su ambición, inmensurable en su crueldad. Son los reflejos de una segunda noción preconcebida del europeo colonial que es a la vez admonición y denuncia (siendo la primera el del héroe blanco civilizador): advierten de los peligros que supone para la mente occidental el contacto estrecho y enloquecedor con esa alteridad radical:

Como para ilustrar el carácter totalitario de la explotación colonial, el colono hace del colonizado una especie de quintaesencia del mal. La sociedad colonizada no solo se define como una sociedad sin valores. No le basta al colono afirmar que los valores han abandonado o, mejor aún, no han habitado jamás el mundo colonizado. El indígena es declarado impermeable a la ética; ausencia de valores, pero también negación de los valores. Es, nos atrevemos a decirlo, el enemigo de los valores. En este sentido, es el mal absoluto. Elemento corrosivo, destructor de todo lo que está cerca, elemento deformador, capaz de desfigurar todo lo que se refiere a la estética o a la moral, depositario de fuerzas maléficas, instrumento inconsciente e irrecuperable de fuerzas ciegas (Fanon, 1961:25).

Esta maldad absoluta, esta inmensa corrupción que puede traer ese Otro, está fuera de su zona de bienestar pero puede proporcionar inmensa riqueza (materia prima en abundancia, mano de obra sin costo y absolutamente descartable si no se somete a sus propósitos). Y siendo Kurtz y Barrera personajes corrompidos por la ambición y el contacto con ese Otro salvaje, sirven de “fábula ejemplarizante”, como velo a una denuncia clara

y fuerte contra los abusos de los colonizadores sobre los colonizados. Los discursos coloniales que promueven el progreso económico y social de los pueblos “conquistados” se redactan en clave: los pueblos “conquistados” deben adaptarse al modelo económico y social de los conquistadores. Es en este punto donde yacen las imbricaciones políticas del poder colonial en la construcción de ese Otro. Las “historias de terror”, los relatos del salvajismo de ese Otro, son, para Taussig, fabulaciones, ficciones que en última instancia se convierten en “verdades objetivas proclives al poder” (Taussig, 1987:108) y herramientas de la dominación:

Todas las sociedades viven de ficciones consideradas reales. Lo que distingue la cultura del terror es que el problema filosófico de la representación epistemológica, ontológica o bien filosófica –la realidad y la ilusión, la certeza y la duda- llega a ser infinitamente más que “simplemente” un problema filosófico de epistemología, hermenéutica y deconstrucción. Llega a ser un medio de alto poder de dominio (Taussig, 1987:157).

De esta manera, debido a la incapacidad del salvaje para adaptarse, relatada en las historias de revueltas contra los administradores coloniales, de luchas fratricidas, de costumbres paganas y supersticiosas; se asume la imposibilidad del Otro colonizado para convertirse al paradigma de persona occidental. El colono se apodera de la potestad y el derecho a disponer de las tierras y las vidas de sus colonizados, como un protector, desde un discurso paternalista que podía o no esconder un fondo utilitarista y cruel. Es el caso de Leopoldo II de Bélgica, señor del Estado Libre del Congo, y promotor de la virtual esclavización y muerte de aproximadamente la mitad de la población congoleña y el empobrecimiento continuado del país durante un periodo de cuarenta años; que emprendió un discurso de protección y educación del Congo bajo su reinado, y que convirtió al país en el origen de su riqueza personal mediante la tortura, el miedo y la coerción. Estos hechos se vieron reflejados en la literatura de Conrad, en *Heart of Darkness*, el personaje Kurtz –¿álter ego? de Leopoldo II– escribió una violenta e “iluminada” diatriba

acerca de cómo los salvajes debían ser domesticados por su propio bien, y la había presentado a la “Comisión para la Supresión de las Costumbres Salvajes”. Esta sátira de Kurtz, al igual que la de Leopoldo II, alcanzó en la novela repercusión en la sociedad europea. Conrad hace que su protagonista, Marlow, comprenda el verdadero motivo tras el discurso paternalista de Kurtz/Leopoldo II:

(...) una enorme cantidad de esas tonterías corría en los periódicos y en las conversaciones de aquella época, y la excelente mujer se había visto arrastrada por la corriente. Hablaba de ‘liberar a millones de ignorantes de su horrible destino’, hasta que, palabra, me hizo sentir verdaderamente incómodo. Traté de insinuar que lo que a la compañía le interesaba era su propio beneficio (Conrad, 1902:12).

En la obra de Rivera, esta figura del poder detentado por un hombre cruel y manipulador reposa en el personaje Barrera, quien engaña a la población de los llanos orientales y a los indígenas del Amazonas con promesas de adquisición de dinero abundante y rápido en el trabajo de recolección de caucho. Además incluye la mención a un personaje de la vida real, Julio Cesar Arana, “que, como Leopoldo II, rey de los belgas y dueño del Estado Libre del Congo rico en caucho, era, en el Bajo Putumayo, el Estado mismo” (Taussig, 1987:45). Se reflejan las vejaciones y abusos de las que eran víctimas los trabajadores de las caucheras, sujetos a un sistema de peonaje que abrumaba a cada empleado de deudas, a mutilaciones, enfermedades, castigos y muertes horribles:

(...)El día que salimos al Orinoco, un niño de pechos lloraba de hambre. El “matacano”, al verlo lleno de llagas por las picaduras de los zancudos, dijo que se trataba de la viruela, y tomándolo de los pies, voltéolo en el aire y lo echó a las ondas. Al punto, un caimán lo atravesó en la jeta, y poniéndose a flote, buscó la ribera para tragárselo. La enloquecida madre se lanzó al agua y tuvo igual suerte que la criaturilla. Mientras los centinelas aplaudían la diversión logré zafarme las ligaduras” (Rivera, 1924:67).

Y a muertes por centenares: “(...) A él le

consta que si me vine no fue de miedo, sino por no empuercarme matando al Funes. Busté sabe que ese bandido debe más de seiscientos muertes. Puros racionales, porque a los indios no se les lleva el número (...) (Rivera, 1924:130).

Esta crueldad manifiesta en las obras de Rivera y Conrad –hay un pasaje terrorífico en *Heart of Darkness* en el que Kurtz hace poner cabezas decapitadas de negros rebeldes alrededor de su cabaña para infundir respeto– hacia los colonizados, nos induce a pensar en las dinámicas del castigo y la disciplina como fundadoras del poder y el dominio:

Era el efecto de determinada mecánica del poder: de un poder que no solo no disimula que se ejerce directamente sobre los cuerpos, sino que se exalta y se refuerza con sus manifestaciones físicas; de un poder que se afirma como poder armado(...) de un poder que se vale de las reglas y las obligaciones como de vínculos personales cuya ruptura constituye una ofensa y pide una venganza; (...) de un poder que no tiene que demostrar por qué aplica sus leyes, sino quiénes son sus enemigos y qué desencadenamiento de fuerza los amenaza; de un poder que, a falta de una vigilancia ininterrumpida, busca la renovación de su efecto en la resonancia de sus manifestaciones singulares (Foucault, 1975:36).

El mundo colonial es un mundo fracturado, escindido, en el que el poder es detentado por quien castiga los cuerpos para disciplinar, para amedrentar. Poder que en *Heart of Darkness* y *La Vorágine* es poseído por el hombre occidental, por el colonizador, que muestra en ambas obras literarias sus dos caras: la del héroe civilizador y la del corrupto por la ambición y la vida entre las gentes bárbaras. La dicotomía entre lo que queremos ver y lo que queremos ser, el problema clásico de la representación del que se habló al comienzo: las nociones preconcebidas sobre el Otro, son construidas desde el discurso del colonizador como una manera de justificar sus acciones sobre los cuerpos, y los territorios que le pertenecen al colonizado. Sin embargo, no ajenos a la realidad de la destrucción y la muerte, edifican al europeo destructor como corrompido por el ansia de riquezas y el

salvajismo que ha visto innumerables veces en las costumbres de sus dominados.

En ambas novelas, los protagonistas ponen una clara barrera entre ellos y los salvajes. Incluso Rivera, cuyo protagonista Arturo Cova es simplemente un colombiano educado en la capital (un colonizado más), se refiere a los indígenas del Putumayo de una manera que pone de manifiesto su “obvia” pertenencia a la raza caucásica –recordemos que Colombia, durante el inicio del siglo XX se esforzaba indeciblemente por convertirse en otra Buenos Aires, en llamar a Bogotá la “Atenas suramericana” (Blanco, 2010) y el ciudadano colombiano por excelencia residía en las ciudades del interior–:

Los aborígenes del bohío eran mansos, astutos, pusilánimes y se parecían como las frutas de un mismo árbol. Llegaron desnudos, con sus dádivas de “cambures” y “mañoco” acondicionadas en cestas de palmarito, y las descargaron sobre el barbecho, en lugar visible (Rivera, 1924:58).

A pesar de lo despectivo del trato, de lo impregnado de binariedad, Cova no se detiene al denunciar las arbitrariedades, crueldades y maltratos a los que han sido sometidos indios, mestizos y “blancos” como él. No deja jamás de sorprenderse ni de sentirse asediado por el odio hacia quienes empujan a esa gran masa humana y vegetal que es la selva. Al final de la novela, impulsado por ese sentido de injusticia, le pone punto final a la existencia de Barrera en medio de una revuelta causada por él y sus compañeros en una de las grandes casas de intercambio de caucho. Además durante el desarrollo de la narración sabe que los esclavizados al peonaje y los indígenas tienen formas de resistencia: el picureaje, que era como le llamaban a fugarse del campamento de extracción de caucho, el contrabando de este con otros comerciantes que no fueran los oficiales, la ofensiva violenta hacia quienes pretendían introducir a los indígenas al sistema de peonaje, o la simple evasiva, de la que también –y de manera especial– hacían parte las mujeres indígenas al no presentarse ante hombres blancos que no consideraran de su confianza. Además las artes mágicas de mestizos e indígenas para esconderse y alejarse de los esbirros de Arana

y Barrera. En un bello fragmento, Arturo Cova y sus compañeros de picureaje se encuentran con una tribu indígena no conquistada que los acoge y comparte con ellos sus danzas ancestrales. Durante las danzas, se reconocen tristes, se saben humanos:

(...) Así olvidarían sus pesadumbres y le sonreirían a la vida otra vez siquiera. Más, al poco, advertí que gritaban como la tribu, y que su lamento acusaba la misma pena recóndita, cual si a todos les devorara el alma un solo dolor. Su queja tenía la desesperación de las razas vencidas, y era semejante a mi sollozo, ese sollozo de mis aflicciones que suele repercutir en mi corazón aunque lo disimulen los labios: ¡Aaaay....Ohé! (Rivera, 1924:63).

Conrad creó a Marlow con ciertas características que lo alejan de Cova, el protagonista de Rivera: Marlow es un hombre blanco, y para él es mucho más difícil que para Cova admitir que existe entre los Otros salvajes y él algún rasgo común. La intención del autor al replicar con crueldad los estereotipos y las binariedades ya establecidas, era precisamente denunciarlas, y descubrir lentamente en el africano el atavismo humano que lo une al europeo. Sin embargo, la denuncia no es tan clara; existen aún contradicciones, pesos y cargas de esa imagen binaria del Yo y del Otro:

La tierra no parecía la tierra. Nos hemos acostumbrado a verla bajo la imagen encadenada de un monstruo conquistado, pero allí...allí podía vérsela como algo monstruoso y libre. Era algo no terrenal y los hombres eran... No, no se podía decir inhumanos. Era algo peor, sabéis, esa sospecha de que no fueran inhumanos. La idea surgía lentamente en uno. Aullaban, saltaban, se colgaban de las lianas, hacían muecas horribles, pero lo que en verdad producía estremecimiento era la idea de su humanidad, igual que la de uno, la idea del remoto parentesco con aquellos seres salvajes, apasionados y tumultuosos. Feo, ¿no? Sí, era algo bastante feo. Pero si uno era lo suficientemente hombre debía admitir precisamente en su interior una débil traza de respuesta a la terrible franqueza de aquel estruendo, una tibia sospecha de que aquello tenía un sentido en el que uno (uno, tan distante de la noche de los primeros tiempos)

podía participar. ¿Por qué no? La mente del hombre es capaz de todo, porque todo está en ella, tanto el pasado como el futuro. ¿Qué había allí, después de todo? Alegría, miedo, tristeza, devoción, valor, cólera... ¿Quién podía saberlo?... Pero había una verdad, una verdad desnuda de la capa del tiempo (...). ¿Hay allí algo que me llama, en esa multitud demoniaca? Muy bien. La oigo, lo admito, pero también tengo una voz y para bien o para mal no puedo silenciarla (Conrad, 1902:33).

La representación y la construcción de la alteridad, regida por la clásica fórmula de endilgar características al otro contrarias a las que quiero ver en mí mismo, se desvanece paulatinamente en ambas obras. La constatación y el descubrimiento horroroso de que esas historias de terror que Occidente ha construido sobre sus Otros son parte fundamental de sí mismos, de su imaginario, de su salvajismo, que solo la selva (¿la ambición por el poder económico y político?) puede despertar en la sociedad colonizadora y fisurar momentáneamente el tejido construido sobre una aparente racionalidad, sobre una clara intención utilitaria y económica. El colonizador se sabe descubierto en su humanidad, igual a sus colonizados, pero se niega a admitirlo, a aceptar que los discursos que le permitieron conquistar, dominar y castigar pueden también ser aplicados sobre él mismo y su sociedad. Ambas obras literarias carecen de final feliz: Cova desaparece tragado por la selva, Marlow vuelve a trabajar como marinero, asediado por recuerdos terribles. Este es el signo de una lucha perdida por tratar de construir un ideal de conquista y de aventura “venturosa” (valga la redundancia) sobre los salvajes, que fracasa

porque el varón/blanco/cristiano se reconoce también salvaje, falible, humano. Claro que estos finales solo son posibles en el ámbito literario. La realidad es más dura, puesto que aún en el siglo XXI seguimos luchando, en un proceso de descolonización, de erradicación de violencias contra los cuerpos y territorios de los que no pertenecemos al ideal civilizador (tope del poder económico y político actual) cristiano y “blanco”.

Bibliografía

- ADORNO, Rolena. (1988) El sujeto colonial y la construcción de identidad cultural. En Revista de crítica literaria latinoamericana. Pp 55-68
- BLANCO, Darío. 2010, De melancólicos a rumberos...de los Andes a la Costa. La identidad colombiana y la música caribeña En Boletín de Antropología, volumen 23, no. 40, Universidad de Antioquia, Medellín.
- CONRAD, Josef. (1902) Heart of Darkness (recurso electrónico)
- FANON, Franz. (1961) Los condenados de la tierra. Fondo de Cultura Económica
- FOUCAULT, Michel. (1975) Vigilar y Castigar. Siglo XXI editores.
- RIVERA, José Eustasio. (1924) La Vorágine (recurso electrónico)
- TAUSSIG, Michael. (1987) Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje: Un estudio sobre el terror y la curación. Editorial Norma.



Alejandra Mazo Álvarez

Estudiante de séptimo semestre de Antropología. Desde este lente para mirar y vivir el mundo, le gusta la intersección entre literatura y antropología, antropología de las religiones y antropología del cuerpo.